

**Joan Fuster**

**CATALUÑA DESDE COLOMBIA**

*Un animal que s'enyora.* Así, una de sus agudezas en mangas de camisa, definió Josep Pla al catalán. Y, como definición, es válida en la medida en que lo son todas las generalizaciones. Pla se refería a aquella *enyorança* que Verdaguer formuló dulcemente en dos versos: «la malaltia dels cors / trasplantats a terra estranya». Parece que la distancia vuelve especialmente fina la sensibilidad patriótica del catalán. Si *l'enyor*, la nostalgia, es sustancia esencial de la literatura catalana –como la soledad lo es de la castellana–, la añoranza de la tierra, más en concreto, tiene un lugar preponderante en nuestra poesía moderna. No es del caso examinar las causas de este hecho. Desde la «Oda a la Pàtria», y a través de la romántica *Renaixença*, la poesía catalana es la poesía de la nostalgia de Cataluña. De la Cataluña inmediata y vivida o de la Cataluña pasada e ideal: una nostalgia elemental o una nostalgia política. La guerra civil dispersó por el ancho mundo a una parte notable de nuestros escritores: *l'enyorança*, en consecuencia, retornó a las letras catalanas, pero con un sesgo dolorido que antes no tuvo. Los poetas, al marchar, descolgaron –lo diré con Aribau– del muro sagrado la lira de los antepasados, y de los rincones más lejanos llega a nosotros su canto, su trabajo dorado de emoción, tenaz en la lucha contra el hado adverso, sentida la lengua materna con un gozo nuevo y amargo. Desde aquí seguimos con cariño su labor, como ellos, con doble añoranza, desde el exilio, siguen la nuestra. Poetas, ensayistas, filósofos, novelistas, permanecemos vinculados, por encima de las fronteras y las circunstancias, en un imperativo de continuidad, de fe.

En distintos países de América latina se han reunido algunos grupos culturales y literarios para asegurar este esfuerzo común. En Chile, en México, en Colombia... El ambiente les ha sido propicio, y tenía que serlo, sin duda, porque las relaciones de Cataluña con aquellas tierras son ya viejas y cordiales. Allí más que en la Península nuestros escritores han encontrado el eco solidario de la lengua castellana: la traducción. En Colombia este intercambio cultural se halla ligado a uno de nuestros más prestigiosos intelectuales: Antoni Rubió i Lluch. Rubió hizo buenas amistades colombianas. Gracias a él numerosos escritores de Colombia conocieron la producción de la *Renaixença* y le dedicaron su curiosidad y su interés. En la actualidad existen en aquel país laboriosos traductores de la poesía catalana, como Nicolás Bayona Posada y José Vargas Tamayo.

Por su parte, los catalanes residentes en Colombia continúan trabajando en este sentido, y han creado el *Patronat de Cultura Catalana*, que organiza publicaciones, ciclos de conferencias, exposiciones, etc. De sus impresos nos llega uno, reciente: *Homenatge a Mistral*, que conmemora el 90 aniversario de la primera edición de *Miréio*. Un breve mensaje de mediterraneidad, bajo el signo sereno y agrario del mago de Mallana.

Activo miembro de este *Patronat* es el profesor F. de S. Aguiló, oriundo de la Cataluña insular: de la clara, perfecta Mallorca –«Terra e regne dins en la mar, on Déus

lo volch formar». Aguiló nos envía algunas de las cuidadas *plaquettes* que ha dedicado a la exaltación de los grandes escritores mallorquines. Una de ellas es la sabia «Oda als joves», de mosén Costa i Llobera, precedida de un prólogo del editor. Aguiló invita a los jóvenes de lengua catalana a meditar el contenido ético, estético y patriótico del poema. Ciertamente aquella estrofa final del canónigo de Mallorca forma, hoy más que nunca, el fondo de nuestra actitud. «Siau qui sou... / [...] Volau sobre les terres / enfora, amunt, com l'àguila!». La ejemplaridad del águila es de una belleza igualmente ejemplar: «Ella ama el niu de les maternes roques, / però amb gran vol arranca-s'hi / i, travessant mil horitzons, domina / espais de llum esplèndida... / [...] Mes no trasmuda / d'essència l'au indòmita». El águila vuelve, a su roca originaria, a su nido: «torna / cap a son niu més águila»: más águila, más ella misma. Lección de fidelidad a lo vernáculo que recibimos ya como herencia y que se hizo carne en el mismo autor –*toga i estola*–, aquel clérigo horaciano de la sobria retórica y el empaque enjundioso.

En otro cuaderno, Aguiló ha recogido distintos testimonios sobre Gabriel Alomar. Alomar se sitúa en el polo opuesto a mosén Costa i Llobera. Alomar es el arrebatado, el hijo de la Revolución, de la Gran -¡ay qué frágiles son nuestros adjetivos!- Revolución, la de la libertad. Un fragmento de su libro *Futurismo*, traducido al castellano, que encabeza el opúsculo, recalca el carácter progresista de su ideología – aunque quizá Alomar no encontraba del todo cómodo el nombre de progresismo, demasiado ingenuo, y por eso buscó el de futurismo. El autor de *La columna de foc* es evocado con textos de Santiago Rusiñol, Azorín, Hernández Catá, Miquel Ferrà y del propio F. de S. Aguiló. Es evidente que una misma intención une este homenaje a Gabriel Alomar con la reedición de la «Oda als joves» de mosén Costa. F. de S. Aguiló nos ofrece, de una manera indirecta, la visión de un problema que Cataluña comparte con los restantes pueblos ibéricos, aunque su planteamiento no sea idéntico: la conciliación, necesaria, de tradición y modernidad, de indigenismo y universalidad. Que la tradición no quede en simple momificación; que el futuro no pueda convertirse en simple aventura. Que la universalidad no implique desarraigo, ni la autenticidad exclusivismo. Releyendo estos días unas páginas de Eugenio d'Ors, muy finas, sobre esto, he sentido la honda rabia de recordar su ausencia, la falta a su palabra en una tarea que él, el viejo Xénius, inició y encauzó indiscutiblemente. El planteamiento de estas cuestiones, desde un punto de vista que acentúe su trascendencia, no ha sido abordado por nuestros intelectuales con la debida conciencia. La cultura catalana, que pasó de gótica a moderna, que no experimento –porque no podía experimentarlo– un proceso revisionista como para la española significó la generación del 98 con sus precursores y sus postcursores, tiene todavía en blanco este capítulo de su reintegración espiritual. Un primer paso –prescindiendo, por el momento, de toda valoración de aciertos– sería el nuevo sentido con que nuestra crítica enfoca la obra de los escritores de la Renaixença – v. gr. la serie de artículos que publicó en *Destino*, hace un año, Joan Estelrich, comentando las *opera omnia* de alguno de aquellos –Maragall, M. dels S. Oliver, Costa i Llobera, etc. El camino, pues, está iniciado.

[*Verbo. Cuadernos literarios*, 18 (agost-setembre 1950), p. 27-28]